

“Arraigados en Dios”

Para leer la Biblia con provecho

Devocional
Lecturas bíblicas diarias

Traducciones del alemán
“Zeit mit Gott”

Tema: Dios hace preguntas (parte 1)
(13 días)

Prohibida la reproducción total o parcial sin la autorización del editor.
©Diakonissenmutterhaus Aidlingen



Dios hace preguntas (parte 1) **(13 días)**

Día 1

Gn. 1:26-28; 2:15-18

Preguntado

Seguramente reconocemos el sentimiento de no ser interrogados por los demás. Su opinión es importante, pero la nuestra no, estamos fuera de lugar. Eso puede doler. La singular historia de Dios con nosotros, los seres humanos, incluye la conversación desde el principio. Nos honra estar en conversación con Dios y así ser Su contraparte cara a cara. Es notable que Dios toma el hilo de la conversación una y otra vez por medio de preguntas.

Sus preguntas requieren respuestas, nos hacen responsables. Ellas no son un interrogatorio. Las preguntas de Dios son una invitación a tener comunión con Él. En el periodismo, las preguntas personales se llaman “preguntas cara a cara”. Sí, Dios nos habla “cara a cara” (comp. Éx. 33:11; Nm. 12:8a).

Quizás pensamos: Los hombres del tiempo bíblico lo pasaban bien. Ellos podían escuchar muchas veces de manera maravillosa el hablar de Dios y con Jesús podían estar conversando directamente. Pero, ¿nosotros? ¡Nosotros tenemos sus palabras escritas! Para eso Dios mismo se preocupó (lea Éx. 17:14; Jer. 30:2; Ap. 1:11).

¿Acaso es debido a la escasa dosis de la lectura de la Biblia que nos perdemos el hablar de Dios en nuestras vidas personales? Jesús tuvo que decir a los ancianos de su pueblo judío: “Si os preguntare, no me responderéis” (Lc. 22:68).

¡Qué privilegio que somos preguntados por Dios! Jesús dijo: “las palabras que yo os he hablado son espíritu y son vida” (Jn. 6:63). Con estas palabras llenas de Espíritu y vida Dios quiere hablar también a nuestro corazón. Él es nuestro Padre celestial que quiere tener el derecho de intervención en nuestros pensamientos, evaluaciones, y palabras, en nuestro hacer y dejar de hacer. Él es nuestro Creador que nos conoce mejor que nosotros mismos. Tomemos nuevamente tiempo para las palabras y preguntas de Dios.

¡Hace falta solamente tomar una decisión!

Día 2

Gn. 3:1-13

“¿Dónde estás tú?”

La primera pregunta de Dios, la cual comenta la Biblia, está dirigida a Adán. Junto con su mujer Eva se esconde detrás de las plantas. ¿Habrá pensado realmente que las hojas los protegerían de los ojos de su Creador? (Comp. Jon. 1:1-3.)

Nosotros conocemos parecidos “juegos del escondite” insensatos. Los hombres se esconden en la jungla de sus e-mails oficiales o incansables actividades de su tiempo libre.

David había entendido: “¿A dónde huiré de tu presencia? Si subiere a los cielos, allí estás tú; y si en el Seol hiciere mi estrado, he aquí, allí tú estás (lea Sal. 139:7b-10).

“¿Dónde estás tú?” En esa pregunta se siente todo el dolor de Dios. El hombre querido, persona hecha a Su imagen, se ha perdido, porque se ha negado confiar en Él. Pero, Dios no solamente se duele, Él busca. En la Biblia encontramos muchos ejemplos como Dios busca a las personas (Ez. 34:11,12; Mt. 18:12-14). Si usted quiere saber quién es Dios realmente y cuánto vale ante Él, entonces permita que esta pregunta llegue a su corazón: “¿Dónde está usted?”

Para nosotros los humanos nos parece inusual, que Dios no saca a los avergonzados de detrás de las plantas y los hace hablar. Dios no los desenmascara, sino los hace responsables y les expone las consecuencias de su desconfianza y desobediencia. Su actuar tiene resultados amargos. Hasta el día de hoy. La desconfianza y la desobediencia produjeron una profunda separación entre el Creador y su criatura. Pero Dios no quiere dejar esto así. Él desea de todo corazón que la relación se arregle nuevamente – también entre Él y nosotros.

Dos animales tienen que morir, para tapar la desnudez de los hombres. ¡Cuánto mayor y perfecto es el sacrificio, que Dios dio con la muerte de cruz de Su Hijo amado. Este sacrificio encubre realmente todos los pecados, cuando uno se acerca a Él (He. 9:12-14,24-26).

Día 3

Gn. 4:1-11

“¿Dónde está tu hermano?”

“El modelo básico para hermandad”, así titula Siegfried Kettling la relación entre Caín y Abel, la primera pareja de hermanos mencionada en la Biblia. Se nota que nuestra propia naturaleza no puede vivir “fraternalmente”. Caín no puede aguantar que Dios acepte la ofrenda de Abel, y la suya no. La carta a los hebreos explica: “Por la fe Abel ofreció a Dios más excelente sacrificio que Caín, por lo cual alcanzó testimonio de que era justo” (He. 11:4).

Aquí podemos concluir que a Caín le faltaba la confianza en Dios. De este modo el mal se podía extender en sus pensamientos. En lugar de reconocer ante Dios su envidia, mata a su hermano.

Llama la atención que Dios confronta a Caín –igual que a su padre Adán- con una pregunta muy parecida: “¿Dónde está Abel tu hermano?” Con esto le hace un puente al asesino para una confesión sincera. De otra manera el hombre no consigue paz. Pero Caín miente: “No sé”. De manera cínica agrega, lo que llegó a ser un dicho muy popular: “¿Soy yo acaso guarda de mi hermano?”

Nosotros conocemos pensamientos parecidos: “¡Éste puede tener cuidado de sí mismo!” “¿Qué me importa a mí?” Dios no deja pasar estas excusas, cuando se trata de nuestros hermanos o hermanas. Ellos son su propiedad. El que los toca, tendrá que vérselas con su propietario personalmente. Jesús, en su sermón del monte agudizó la pregunta acerca del hermano (comp. Mt. 5:21-24).

Los seguidores de Jesús deben comprender: La manera de ser de Caín reside en cada uno de nosotros. Fratricidio, ira, odio y malas palabras brotan de la misma fuente, del corazón humano.

A la contra pregunta rebelde de Caín en mi corazón encuentro yo hoy sólo una respuesta de mi Dios: Sí, ¡sé tú guarda de tu hermano! Mi amor y mi Espíritu lo hacen posible (lea Jn. 15:9,10; Gá.5:22,23).

Día 4

Gn. 16:1-16

“¿De dónde vienes tú, y a dónde vas?”

De dónde venía, eso sí sabía Agar, la sierva de Sarai; adónde quería ir probablemente no lo sabía. Sin pensar mucho había huido de su ama. ¿Qué había pasado?

Entrado ya en años, Abram y Sarai ya no querían esperar más tiempo al hijo prometido ya hace mucho. Para ellos parecía haber una sola salida: Agar debería darle un hijo a Abram. Esta regla correspondía a las costumbres de aquel entonces. Sin embargo lo que en nuestro mundo es correcto ante la ley, no está siempre de acuerdo con los cuidadosos parámetros divinos. Y la arbitrariedad por lo general trae nuevos problemas.

Viendo su embarazo Agar triunfa sobre su señora estéril. Y al final: Agar huye. Ella no puede aguantar más el conflicto. De que con esto roba a su hijo aún no nacido “su futura herencia como legítimo hijo de Abram” (H. Frey), no lo tenía en cuenta. El gran enredo de actitudes culpables frena a la bendita familia de Abram, pero no a nuestro Dios.

Él comienza con la desligadura con la parte más débil. Él para a Agar en su huida. Por la aparición de un ángel se enfrenta en su camino y le hace una pregunta doble. Ella confiesa su huida. Quizás había también una suave justificación: ¿Qué culpa tengo yo? Sarai ha ... De manera corta y precisa Dios le manda de vuelta a su lugar: Sarai es tu señora, ponte nuevamente en tus obligaciones diarias. –

Pablo señala ese camino repetidas veces en sus cartas (comp. Ef. 6:5-7; Col. 3:22,23; 1.Ti. 6:1,2).

No lo malinterpretemos: Volver al lugar difícil no significa tener que “tragar” todo. Pero si Dios me dice que tome mi lugar, Él cuidará de mí. -

Agar volvió, muy impresionada de su encuentro con Dios. Ella sabe ahora: “Tú eres Dios que me ve” (v.13). Con este nuevo descubrimiento puede vivir su vida cotidiana.

Día 5

Jn. 1:29,34-39

“¿Qué buscáis?”

Esta pregunta es la primera palabra textual de Jesús que menciona Juan en su evangelio. Se dirige a dos discípulos de Juan el Bautista. Se trata de Andrés (v.40) y probablemente de Juan mismo, que en su evangelio habla de sí sólo de manera cubierta, en tercera persona (comp. 13:23;19:26).

Alentado por las palabras del Bautista los dos caminan detrás de Jesús. Ellos quieren saber exactamente: ¿Es verdad que Jesús realmente es el Hijo de Dios y el Cordero que quita el pecado del mundo? Y Jesús, el conocedor de los corazones, se dirige a ellos: "¿Qué buscáis?" Realmente es el mayor deseo de Su corazón que lo conozcan. Ellos responden con otra pregunta: "¿Dónde moras?"

Preguntado superficialmente, enigmáticamente pensado. Es seguro que ellos no querían saber de Jesús la calle y el número de la casa, donde pasaba la noche. Según la fe, ellos aún son "personas sin hogar" (W. Vögele). Respecto a su confianza en Dios les falta "un hogar", un hogar junto a Jesús, el Salvador del mundo. Y Él los invita: "¡Venid y ved!" Ellos lo pueden acompañar, estar con Él y comenzar a confiar. "Fueron y vieron donde moraba". Jesús no puede hacérselo más fácil.

Si seguimos leyendo, reconocemos: Estos dos hombres encontraron "el hogar" para su fe. Ellos encontraron en Jesús el Salvador prometido de Dios (v.41,45)

Acerca del contenido de su conversación con Jesús, Juan pone discretamente el manto del silencio. Cada uno tiene su historia personal con Jesús. "Por medio de él los unos y los otros tenemos entrada por un mismo Espíritu al Padre. Así que ya no sois extranjeros ni advenedizos, sino conciudadanos de los santos, y miembros de la familia de Dios" (Ef. 2:18,19).

¡Acérquese a Él, escuche y vea! Seguridad encontrará solamente si se refugia debajo de su techo (comp. Sal. 84:1-4).

Día 6

Jn. 5:1-9

“¿Quieres ser sano?”

¿Cómo se puede preguntar a un enfermo, si quiere sanarse? Jesús pregunta con buena razón de esta manera. El conoce los antecedentes de este hombre (comp. Sal. 139:1-6). Él habla directamente a este hombre, sabiendo que estaba resignado respecto a su enfermedad ya por treinta y ocho años.

Allí junto al estanque de Betesda, cerca de Jerusalén, él tenía que ver y experimentar año tras año, como muchos otros disfrutaban el beneficio del momento, pues la curativa agua de manantial tenía efecto sólo por un corto tiempo. Nadie le dio al paralítico una chance. –

¿Quieres ser sano? ¿Quieres salir de tu situación? Sin nuestra explícita voluntad, Jesús no actuará en nosotros. La curación es un desafío, pero vale la pena. –

Preguntado por Jesús brota toda la angustia del alma del enfermo: Yo no tengo a ningún hombre, a nadie, que me ayude. Esto no es una respuesta, sino el lamento de vida. Este informe de sufrimiento del paralítico es una real acusación a “los demás”. ¡Cuánta atención le han negado! ¡Cuán egoístamente actuaron, con injusticia y maldad!

“Los otros” - ¡qué tema amplio! Pero a Jesús no le interesa. Ahora Él está ahí. “Escribe esto en tu corazón, ejército altamente afligido, en el que el dolor y la pena aumentan cada vez más; no te desalientes, tienes ayuda en la puerta; el que alimenta y consuela tu corazón está aquí” (P. Gerhardt).

Esto aún no conoce el paralítico. Pero él obedece a Jesús y se levanta de su estrado, recién cuando Jesús se le acerca una segunda vez, lo conoce un poco más (v.12-18).

Con la seria exhortación: “Mira, has sido sanado; no peques más, para que no te venga alguna cosa peor”, diagnostica Jesús el verdadero foco de la enfermedad del hombre. Y justamente éste lo quiere destruir. Todas las curaciones señalan a que Él actúa en nombre del Padre celestial. Por eso los hombres planifican su muerte. Para nosotros Él significa la vida (v.24).

Día 7

Mt. 6:26-32

“¿Quién de vosotros puede alargar su vida, preocupándose?”

No queremos responder apresuradamente. Pues en verdad podemos contrarrestar muy bien la alta tasa de mortalidad en las zonas pobres proporcionando una buena atención médica o una dieta saludable. Muchos programas de emergencia ayudan a mantener la vida. Sin embargo, estos ejemplos se encuentran en el área de la atención y prevención responsables.

Jesús toca con su pregunta una carga de vida mucho más profunda. Nos preocupamos por nuestras vidas en vista de un futuro incierto. Sin embargo con esto no podemos añadir a nuestra vida “un codo”, “un día”, “una hora”, ni “un momento”.

Nuestra respuesta a la pregunta de Jesús debe ser: Ninguno. Sería malgastar el tiempo. Algunos de nosotros deben decir de su propia experiencia: Mis preocupaciones me enferman. Aquel que piensa que con sus esfuerzos y preocupaciones por cuestiones de la vida diaria podrá adelantar un paso, se entremete en la tarea de Dios. “El monopolio de preocupaciones está en las manos de Dios”, dijo el profesor Werner Jentsch.

Pero, ¿cómo podemos vivir libre de preocupaciones? Jesús lo ilustra: Confiar en el Padre celestial vence las preocupaciones. Usted está envuelto por Su cuidado. Si Él se preocupa de las flores del campo, que tienen muy corta vida, y por los pájaros cantantes en los árboles, ¡cuánto más se preocupará de usted, su amada criatura!

Pedro interiorizó este pensamiento, por eso escribió a los destinatarios de su carta: “Él tiene cuidado de vosotros” (1.P. 5:7).

Jesús juzga nuestras propias preocupaciones sin vacilar como: “manera gentil” (v.32). La gente que no conoce a Dios realmente depende de sí misma. No tienen más remedio que ocuparse del comer, beber y vestirse. Pero las personas que se someten al cuidado diario del Padre celestial, tienen la cabeza, el corazón y las manos libres – libres también para los deseos y tareas de Él (v.33; comp. Lc. 10:41,42).

Día 8

Mt. 8:23-27

“¿Por qué teméis?”

A primera vista esta pregunta parece estar fuera de lugar. Aquel que ha estado en una fuerte tempestad, sabe cuánto temor se siente – ¡cuánto más una tormenta en el mar, en una pequeña barca!

¿Acaso Jesús no entiende la angustia de sus discípulos? Además: ¿Por qué había salido con ellos en el bote? Los repentinos vientos descendentes no eran una rareza. Seguro que Jesús sabía de la inminente tormenta. Sin embargo no les ahorra estas horas difíciles.

El discipulado de Jesús puede ser algo muy hermoso, mientras que todo esté tranquilo. Pero las “aguas tranquilas” son una excepción, pues nos quedamos como somos. Ahí no crece la fe ni la confianza.

“El que anda en bote, también se moja”, así se titulaba una predicación acerca de nuestro texto. Es verdad, siendo discípulo, uno se moja, pues recién en tormenta y problemas llegamos a conocer a nuestro Señor. Él titula a sus temerosos discípulos “hombres de poca fe”. Esto no es una sentencia, sino una exhortación muy útil. Los hombres de poca fe pueden, a diferencia de los incrédulos, fortalecerse en la fe. Ésta era la intención de Jesús. Por eso hace callar al mar y al viento sólo por Su palabra. Esto no lo esperaban los discípulos, aunque pensaban que conocían a su Señor. Ellos preguntan: “¿Quién es Jesús realmente?”

Más tarde nuevamente están en medio de una tormenta y experimentan a Jesús como el Señor a quien obedece toda la naturaleza (Mt. 14:22-33). Ahora nos damos cuenta, que ellos con lo vivido habían conocido mejor a su Señor. Con su creciente conocimiento confiesan: “Verdaderamente eres Hijo de Dios”. –

El aliento que Jesús prometió a sus discípulos, tiene vigencia también hoy para cada uno de nosotros: “¡Tened ánimo; yo soy, no temáis!” (Mt. 14:27b). En medio de la tormenta, bajo cargas y en pruebas estresantes encuentro junto a Jesús el sostén. Él siempre es mayor que todo y ayuda a mi pequeña fe.

Día 9

Mt. 9:27-31

“¿Creéis que puedo hacer esto?”

Nos parece raro que Jesús pregunta así a los dos ciegos, que le clamaron por misericordia: “¿Creéis que puedo hacer esto?” Al fin y al cabo ellos se habían acercado a Jesús por propia iniciativa. Al fin y al cabo ellos lo denominaban “Hijo de David”, y con esto usaron el nombre del Antiguo Testamento por el esperado Mesías. Además no se alejaron, cuando Jesús –sin una reacción- siguió su camino a la casa.

¿Qué hace que Jesús dude en ayudar directamente a estos hombres? ¿Están en peligro de interpretar su sanación como el resultado de un “método” apropiado: porque llamaron a Jesús con suficiente fuerza o porque le siguieron persistentemente? Pero Jesús no responde a nuestras oraciones por el hecho de que sepamos “cómo” espiritualizarlo. Es una falacia pensar: Si oro o rezo lo suficiente y perseverantemente, Jesús ya me ayudará. Eso sería un intento de hacer que el Señor Todopoderoso esté disponible para nosotros. Con eso fallamos. A Jesús le importa nuestra confianza.

En el Nuevo Testamento “confianza” es sólo otro concepto de “fe”. “Cada vez más se aclara que el Nuevo Pacto deberá ser un pacto de gracia y fe” (G. Maier).

Jesús pregunta hoy por la confianza suya y mía: ¿Acaso nuestras peticiones no son muchas veces mezcladas con escepticismo e inseguridad en vez de fe?

Juan escribió: “Y esta es la confianza que tenemos en él, que si pedimos alguna cosa conforme a su voluntad, él nos oye. Y si sabemos que él nos oye en cualquier cosa que pidamos, sabemos que tenemos las peticiones que le hayamos hecho” (1.Jn. 5:14,15; comp. Jn. 14:13,14; Stg. 1:6-8).

Dios quiere obrar esta confianza en nosotros a través de Su Espíritu Santo. No nos conformemos con medias tintas; expresemos nuestras peticiones y problemas explícitamente. Esto le agrada al Señor.

Día 10

Mt. 16:13-17

“Y vosotros, ¿quién decís que soy yo?”

Jesús está caminando con sus discípulos en la zona noreste del mar de Galilea, cerca de la fuente del río Jordán. Aún se mantiene en segura distancia de Jerusalén. Allí ya está hirviendo contra Él el odio de los teólogos judíos (lea Mt. 12:2,14; 15:12-14).

Después de una especie de “encuesta de opinión” sobre su persona, llega ahora a la pregunta clave, cuya respuesta sigue siendo importante hasta el día de hoy: “Y vosotros, ¿quién decís que soy yo?” Con las palabras “y vosotros”, Jesús deja claro que Él distingue entre las personas en general y sus seguidores en particular. “Un discípulo debe tener otro conocimiento que el de un no discípulo” (G. Maier).

¿Por qué Jesús no da por sentado que sus discípulos tienen claridad sobre Él? Ellos habían sido testigos de numerosos milagros y escuchaban diariamente sus predicaciones. ¡Correcto! Pero todo esto no conduce automáticamente al conocimiento de Jesús. Esto es siempre un regalo de Dios. Pero podemos ser abiertos y receptivos a tal conocimiento. Con Pedro es así. En nombre de todos los demás discípulos, Pedro da una respuesta clara: “¡Tú eres el Cristo, el Hijo del Dios viviente!” (v16).

Esto era una clara revelación del Padre celestial. “Nadie puede llamar a Jesús Señor, sino por el Espíritu Santo”, escribió más tarde Pablo en su carta a los corintios (1.Co. 12:3b, comp. 1.Jn. 4:2). –

Muchos de nosotros podemos repetir personalmente la confesión de Pedro. Sin embargo observamos que a nosotros los cristianos nos cuesta llamar a Jesús también “Cristo” o “Señor”. Queremos un Jesús a un mismo nivel. El nombre Jesús se desliza más fácil de nuestra lengua.

¿Puede ser que en nosotros se haya deslizado algo en el sentido espiritual? Tomémonos tiempo para meditar acerca de Col. 1:15-20. Tenemos razones para maravillarnos respetuosamente de la incomparable grandeza del Hijo de Dios.

Día 11

Mr. 10:46-52

“¿Qué quieres que te haga?”

Sin el contexto general, esta pregunta se lee casi como en el sentido de un programa de canciones en la radio, bajo el título: “¡Expresa su deseo!” Ciertamente Dios no es indiferente a los deseos de nuestro corazón (comp. Sal. 21:2). Pero la pregunta que Jesús hace a Bartimeo tiene un significado mucho más profundo. –

Con valentía y confianza clama muy fuerte el ciego al lado del camino a Jesús por su ayuda: “¡Jesús, Hijo de David, ten misericordia de mí!” De los que le reprimían no se deja frenar. Su confianza es ilimitada. Si alguien se compadeciese de él, entonces sería Jesús, el Cristo.

Aparentemente Bartimeo, que se sentaba a la orilla del camino todos los días, había oído acerca del Salvador tan esperado en Israel. Pero aún más: había conectado la información accidental con la fe (comp. Is. 29:18,19; 35:4,5).

Jesús les solicita a los espectadores que habían reprendido a Bartimeo en su acción: “¡Llamadle aquí, a mí!” Con Jesús también ellos aprenden la misericordia. Ellos dicen al ciego: “Ten confianza; levántate, te llama!” Quitándose su capa y arrojándola, Bartimeo se levanta de un salto y se deja guiar a Jesús. Él tiene ahora en medio de la multitud una “consulta privada”: “¿Qué quieres que te haga?” Jesús quiere escuchar de Bartimeo concretamente en qué necesitaba ayuda. También a nosotros se nos pregunta de esta manera. A veces estamos demasiado humildes, a veces tenemos muy poca fe, a veces estamos muy quedados y preferimos expresar palabras generalizadas en nuestras oraciones. Pero aquel que expresa pedidos concretos, tendrá también experiencias de oración concretas.

Bartimeo expresa su pedido: Quiero poder ver. Él recibe una respuesta maravillosa: “Vete, tu fe te ha salvado”.

A veces Jesús responde de manera diferente. Él no quita la angustia, sino da la fuerza para soportarla. “En el día que clamé, me respondiste; me fortaleciste con vigor en mi alma” (Sal. 138:3).

Día 12

Mt. 16:26

“¿Qué aprovechará al hombre, si ganare todo el mundo, y perdiera su alma?”

¿Ganar todo el mundo? Este pensamiento es muy exagerado. A veces Jesús tiene que formular algo muy exagerado, para conseguir nuestra atención.

Preguntemos en primer lugar lo que dice el Nuevo Testamento acerca del concepto “mundo”. Nos damos cuenta que “mundo” (griego kosmos) se usa con diferentes significados. · La palabra se puede referir a toda la creación en general, la que Dios creó y ordenó de manera maravillosa (lea Hch. 17:24; Ro. 1:20). · En otro contexto tiene en mente a la humanidad o al hombre, a quien se dirige todo el amor de Dios (lea Jn. 3:16; 12:19). · Un énfasis completamente diferente se le da al “mundo”, cuando se refiere a la creación que se ha alejado de Dios. Aquí se aplica: “Todo el mundo” es culpable ante Dios (Ro. 3:19), pero también: “No améis al mundo” (1.Jn. 2:15). Y Santiago escribió: “Cualquiera, pues, que quiera ser amigo del mundo, se constituye enemigo de Dios” (Stg. 4:4).

Satanás se adueñó del buen mundo de Dios y continúa corrompiéndolo hasta el día de hoy (comp. 2.Co. 4:4).

Querer “ganar” al mundo sin Dios, totalmente o sólo parcialmente, destruye nuestra vida. Esto no es un peligro que toca solo a los “hombres del mundo”. Por eso Jesús habla con sus discípulos al respecto. Él mismo fue tentado a entusiasmarse por un mundo de la mano de Satanás. El diablo “le mostró todos los reinos del mundo y la gloria de ellos, y le dijo: Todo esto te daré, si postrado me adorares” (Mt. 4:8b,9).

Así pues, Satanás pone un precio muy alto a la “ganancia del mundo”, un precio demasiado alto: habría que rendirle homenaje a él, el opositor de Dios. La semejanza de Dios se perdería.

Pero Jesús salió victorioso de la prueba. Él le marcó a Satanás sus límites y se hizo “el Cordero de Dios que quita el pecado del mundo” (Jn. 1:29). Este Cordero de Dios nos alienta: “Confiad, yo he vencido al mundo” (Jn. 16:33b).

Día 13

Jn. 21:18-22

“¿A ti qué?” (NVI)

“Palabras sin rodeos” denomina J. Piper esta pregunta, que parecen de la boca de Jesús como un rechazo. Recién Pedro había recibido de su Señor una noticia pesada en vista a su futuro.

Fuentes extra bíblicas comentan que Pedro murió, probablemente en Roma bajo el régimen del César Nerón, la muerte de cruz – como su amado Señor. De esto no habla nuestro texto de cabecera.

Nos llama la atención que Pedro no desea informaciones concretas acerca de su camino, sino que quiere saber lo que pasará con Juan. “Señor, ¿y qué de éste?” –

Al igual que Pedro, a todos nos gusta ocuparnos con lo que la otra persona tiene, lo que puede hacer, lo que se le hace posible o lo que se le ahorra. Es extraño que a nosotros nos guste tanto distraernos cuando se trata de nuestra historia personal con Jesús. La comparación no suele ser reconfortante, sino más bien “mortal” como veneno. Puede despertar la envidia y malos deseos, pero sobre todo distrae de lo que Jesús me dice: “¡Sigueme tú!” Puedo confiar en que Jesús hará lo correcto conmigo y con mi vida (comp. Ro. 8:28).

Así que no queremos preguntar qué pasa con los demás, sino tener cuidado de seguir a Jesús en el camino que mejor nos sirve. ¡Qué positivo es no tener que compararse con los demás! El estilo de vida del otro no es una vara de medir para mí, ni sus caminos de montaña ni sus valles oscuros. Puede ser un buen hábito apartar la mirada de los demás y dirigirla hacia Jesús, tal vez ya a la mañana recordando un texto bíblico con una canción o con las palabras: “Señor Jesús, este día es un regalo tuyo y tú tienes alguna tarea para mí. Yo quiero seguirte. Dirige mis pensamientos, palabras, miradas y pasos. ¡Te necesito! Amén“. (Lea Sal. 86:11.)